

ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pié llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordoban, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el mayordomo dijo:—Señor Gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe, que todo Gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia: dé la vuesa merced de los diez dias que ha que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios.—Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal, para dar á entender que he gobernado como un ángel.—Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dijo el Doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje.—Sancho dijo que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto no habia menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones, como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.



CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

RESOLVIÉRONSE el Duque y la Duquesa de que el desafío que Don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante, y puesto que el mozo estaba en Flándes, adonde se habia ido huyendo, por no tener por suegra á Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascón, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer.—De allí á dos dias dijo el Duque á Don Quijote, como desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimesmo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta donde se estendia el valor de su poderoso brazo: y así con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser Gobernador de todas las Ínsulas del mundo. Sucedió pues que no habiéndose alongado mucho de la Ínsula de su Gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era Ínsula, Ciudad, Villa, ó Lugar la que gobernaba) vió, que por el camino por donde él iba, venian seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fué una pala-

bra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió, que era limosna la que en su canto pedían: y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso de que venía proveído, y dióselo, diciéndoles por señas que no tenía otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dijeron:—Güelte güelte¹.—No entiendo, respondió Sancho, que es lo que me pedís, buena gente. Entonces uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostróselo á Sancho, por donde entendió que le pedían dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta y estendiendo la mano arriba les dió á entender que no tenía ostugo de moneda, y picando al rucio rompió por ellos: y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atención arremetió á él, echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana, dijo:—Válame Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar del extranjero peregrino, y después de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atención, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspensión, el peregrino le dijo:—Cómo ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el Morisco, tendero de tu Lugar? Entonces Sancho le miró con más atención, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo:—¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese trage de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho Franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura?—Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, estoy seguro, que en este trage no habrá nadie que me conozca, y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente: yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me partí de nuestro Lugar, por obedecer el bando de Su Magestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nación amenazaba, según oíste. Hízolo así Sancho, y hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecía, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, qui-

¹ Palabra tudesca, ó alemana, que significa *dinero*: en alemán se escribe *ghelt*, de donde se derivó *güelte*.

táronse las maucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, escepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, como según pareció, venían bien proveídas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajadas de queso, huesos mondos de jamón que si no se dejaban masear, no defendían el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama *cabial*, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete, fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se había transformado de Morisco en Alemán, ó en Tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería, y desta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibían, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía¹; antes por cumplir con el refrán que él muy bien sabía, de cuando á Roma fueres, haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demás, y no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empujadas, pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decía:—Español y Tudesqui tuto uno bon compañero², y Sancho respondía,—bon compañero ju-

¹ Alusión al romance antiguo que empieza:

*Mira Nero de Tarpeya
A Roma como se ardía:
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolía.*

² Expresión italiana, introducida en nuestra lengua para significar un hombre condescendiente, sociable, amigo de tratarse bien, y de comer y beber con sus amigos.

ra Di: y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le habia sucedido en su Gobierno, porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles, solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido mas y bebido menos, y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pié de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:—

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el pregon y bando que Su Magestad mandó publicar contra los de mi nacion¹, puso terror y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí le puso de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedia, para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues, á mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse) ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad y sin la prisa con que los demas salieron, porque bien ví y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes que se habian de poner en ejecucion á su determinado tiempo, y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á Su Magestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de su casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos, lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berbería y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, aco-

¹ Entra el autor á referir el suceso de la espulsion de los moriscos de España, verificada en su tiempo desde el año de 1609, hasta el de 1614.

gidos y regalados, allí es donde mas nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido, y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mugeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen, y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los Santuarios della, que los tienen por sus Indias y por certísima grangería y conocida ganancia. Ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real, por lo menos, en dineros, y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi muger, que sé que están en Argel, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperarémos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi muger son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo mas de cristiano que de Moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer como le tengo de servir: y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi muger y mi hija antes á Berbería que á Francia, adonde podia vivir como cristiana. A lo que respondió Sancho:—Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo el hermano de tu muger, y como debe de ser fino Moro, fuese á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado

y tu muger muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar.—Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí donde estaba, temeroso de algun desman: y así si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré docientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes, que sé yo que las tienes muchas.—Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata: y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi Rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo si, como me prometes docientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos.—¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote.—He dejado de ser Gobernador de una Ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no halle otra como ella á tres tirones.—¿Y dónde está esa Ínsula? preguntó Ricote.—¿Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aquí, y se llama la Ínsula Barataria.—Calla, Sancho, dijo Ricote, que las Ínsulas están allá adentro de la mar, que no hay Ínsulas en la tierra firme.—¿Cómo no? replicó Sancho: dígame, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer, como un sagitario; pero con todo eso la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los Gobernadores.—¿Y qué has ganado en el Gobierno? preguntó Ricote.—He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar, sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos, son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.—Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate: que ¿quién te habia de dar á tí ínsulas que gobernases? ¿Faltaban hombres en el mundo mas hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho.—Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.—No quiero porfiar, Sancho, di-

jo Ricote; pero dime: ¿hallástete en nuestro lugar, cuando se partió dél mi muger, mi hija y mi cuñado?—Sí hallé, respondió Sancho, y séte decir, que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á Nuestra Señora su Madre: y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron: y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandato del rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado Don Pedro Gregorio¹, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho, y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada.—Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien, que ya habrás oido decir, Sancho, que las Moriscas, pocas, ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos, y mi hija, que á lo que yo creo, atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo.—Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote.—Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se reubullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.



¹ A este caballero se le llama *Don Gaspar* en el capítulo LXIII, y en el LXIV.